

en la misma disposición en que se hallaban al principiarse la escena.

—Ahora, cerrad la caja con vuestra llave misteriosa, murmuró el diablo con acento burlón; por mi parte he concluido. ¡Hasta la vista!

Fuese desvaneciendo poco á poco, en efecto, la figura del tremendo personaje; tornóse vaporosa y trasparente y se deshizo en el espacio, dejando en la retina de D. Hipólito, como última impresión, una risa en forma de media luna, unos dientes de blanca deslumbrante y unos ojos insolentes y burlones.

Quedó todo en silencio. La bujía derramaba roja claridad en la estancia, haciendo crecer y decrecer las sombras, con las oscilaciones de su llama. La caja permanecía abierta y el tesoro mirábase amontonado en su interior, como si no hubiese sido removido. Pasóse la diestra por la frente el anciano, y casi llegó á creer que había sido víctima de una horrible alucinación; pero al ver el vaso untado con su propia sangre, y la pluma roja con el humeante licor, comprendió que todo era verdad, y se sintió sobrecogido de espanto. Cerró la caja con

sumo trabajo, y arrastróse hacia la puerta, que no pudo abrir, porque carecía de fuerzas. No le cupo más recurso que gritar y golpear la madera con la enorme llave, hasta que acudió la servidumbre.

—Abridme, dijo. He sufrido un síncope. ¡Pronto, que me muero!

Cuando entraron los sirvientes en el despacho, le hallaron privado de conocimiento, y tendido en el suelo cuan largo era. Condujéronle en brazos á su aposento, metieronle en el lecho y llamaron al médico.

—Es la vejez que se lo lleva, dijo uno de los criados.

—Es la avaricia, repuso otro.

—Es una enfermedad cerebral, opinó un tercero. D. Hipólito está loco. ¿No le habéis oído hablar solo en su despacho durante varias horas? ¿No le habéis sentido ir y venir por la estancia con ligereza, siendo que apenas puede moverse? No cabe duda; el pobre señor ha perdido la chaveta.

II.

No pudo resistir D. Hipólito el violento choque de la escena que acabamos de rela-

tar. Su endeble naturaleza resintióse profundamente de tantas y tan fuertes emociones como experimentó, y la escasa fuerza vital que la animaba, debilitóse rápidamente, y comenzó á abandonarla. Examinado escrupulosamente por afamados doctores, el mal fué declarado irremediable. Realmente D. Hipólito no era tan viejo como parecía, pues pasaba apenas de los setenta años; pero estaba tan usado y gastado, como si su organismo hubiese funcionado durante dos ó tres siglos. Y era que la lucha constante por allegar riquezas y por conservarlas, hábale impuesto todo género de sacrificios de alma y cuerpo, obligándole á sofocar los instintos generosos de su naturaleza, á acallar la voz de la piedad, á menospreciar los dictados de la conciencia, á someterse á todo linaje de privaciones y á vedarse toda suerte de placeres, desde los de la paternidad, hasta los del alimento y el vestido. Así era como se había aniquilado. No había amado nunca, por no caer en el abismo del matrimonio, que le hubiera obligado á emprender y sostener grandes gastos; y había pensado con horror en los hijos, como en una causa perpetua de exacciones pecunia-

rias. Solo en el mundo como se hallaba, había podido entregarse á sus anchas, á sus sórdidas inclinaciones, desarrollando todo un programa de estrechez y lacería, que no hiciera mal papel junto á los de Harpagón y del licenciado Cabra. Así comía lo estrictamente necesario para no morir de inanición, comprándose él mismo los alimentos, baratos y malos, regateándolos y pagándolos en moneda lisa, ó falsa, cuando podía engañar al comerciante, y haciéndolos durar varios días, aun cuando estuviesen hediondos y descompuestos. Su mobiliario era el de un estudiante pobre: se componía de una cama de bancos y tablones con jergón de paja, y algunas sillas desvencijadas, todo mal oliente y falto de aseo, por no pagar la limpieza. Su traje fué siempre mezquino como el de un pordiosero. Jamás entró en modas; habrían podido servir las prendas de su vestido como preciado ejemplar de antigua indumentaria, á no haber estado tan cochambrosas y llenas de remiendos. Muchas veces anduvo casi descalzo, porque se rompieron sus zapatos, y no se compró nuevos ni los mandó remendar por temor al gasto; hasta que alguno de sus dependien-

tes le regaló un par de botas para tenerlo grato, y él se las puso, lleno de júbilo, pero sin recompensar el beneficio.

Habíase tratado á sí mismo como á un enemigo. Un inquisidor, en caso de heregía, no le habría sometido á mayores torturas que las que se había impuesto para aumentar su inútil tesoro. Jamás disfrutó alguno de los goces que tanto seducen á la humanidad: ni el de un hogar afectuoso, ni el del bullicio mundano, ni el de las divinas artes, ni el de la caridad, ni aun el de beber una jarra de leche espumosa ó un trago de aguardiente, como cualquier labrador ó ganapán. Había pasado por la vida exento hasta de vicios, por economía; había llegado á la vejez con el corazón seco, sin haberla nunca disfrutado.

Tan ruda faena habíale empobrecido la sangre, aflojado los nervios, atrofiado los músculos, descompuesto la máquina, y héchole vivir como una sombra.

No había, pues, en él, *sujeto*, según el lenguaje gráfico de los facultativos; así lo declararon estos después de una cuidadosa inspección del paciente. Todo se puede intentar y esperar, cuando hay una naturale-

za vigorosa, una fuerza enérgica de resistencia que se opone á la destrucción; pero ¿qué es posible hacer de una máquina desvenecijada y salida de su centro, que amenaza ruina por todas partes y está cubierta por la herrumbre y comida por la polilla? El único remedio para tal desquiciamiento, sería el de volver las moléculas á su estado primitivo, y amasar de nuevo el ser descompuesto, como se refunde el metal para acuñar segunda vez la moneda; pero ningún doctor salido de las universidades conoce esa química fundamental.....

Declaróse, pues, el caso desesperado, y que D. Hipólito se moriría sin remedio. Y, en efecto, vióse palpablemente que los espíritus vitales fueron abandonando al pobre viejo, que cayó postrado y fué tomando poco á poco los rasgos y perfiles de un difunto. Hundiéronsele las sienas, formando cavidades grandes y oscuras; adelgazósele la nariz hasta llegar á la tenuidad y transparencia de una tela de pergamino; enjutáronsele las mejillas, dejando en relieve los pómulos y los maxilares de la calavera; sumiéronsele los ojuelos inquietos y desconfiados en los abismos de las negras

órbitas, como si mirase desde el fondo del cerebro; y una palidez mortal, que comenzó amarilla, signió verde y remató en plomiza, extendióse por toda su faz de aparecido. Apenas respiraba; alzábase levemente á grandes intervalos su pecho deprimido, y lanzaban sus secos y delgados labios sopló levísimo, que apenas podía escucharse aplicando el oído atentamente. Miraban con firmeza sus pupilas vidriadas, haciendo estremecer de terror á los circunstantes por su expresión hosea y extraña; y sus manos enflaquecidas, que mostraban los huesos y tendones como disecados, se levantaban al espacio, saliendo de debajo de las sábanas, en misteriosos ademanes, como de conversación callada con seres invisibles, y como si cogiesen hilos ténues que anduviesen flotando en la atmósfera.

Decía palabras incoherentes, que nadie podía descifrar, y solamente á las veces, óíansele con claridad algunas frases pronunciadas con acento hueco y estentóreo, como si salieran de debajo de la tierra; y eran todas al tenor de estas:

—Doce por ciento de interés.

—No hay dinero.

—Perdone por Dios.

—¡Retroventa ó hipoteca!

—Estoy cerca del millón.

—¡Mi oro, mis pesos fuertes, mis escrituras!

—No devuelvo ni un centavo.

—Listo; suceda lo que suceda.

Evidentemente, debilitábase su razón, y era presa de alucinaciones extraordinarias; pero todas del mismo orden, y siguiendo el género de ideas que le habían preocupado toda la vida.

Repentinamente, notó el moribundo que una gran claridad se derramaba sobre su lecho. Volvió el rostro y vió cerca de sí un angel bellissimo, que inclinaba sobre él la faz esplendorosa en ademán suplicante. Recogidas las alas irisadas, plegábanse llenas de suaves reflejos; su vestidura blanca era como la nieve nunca hollada de las cimas; su cabellera parecía de rayos luminosos; y en su frente pura y tranquila, mirábase fulgurar el sagrado nimbo. D. Hipólito se estremeció de alegría, y no pudo menos de murmurar:

—¡Angel de Dios, cuán hermoso eres!
¿Qué misión traes á la cabecera de mi lecho?

--La misión de salvarte, respondió el ángel con voz dulce y acordada, como ráfaga de primavera.

--¡ Bendito seas ! Llévame en tus alas. Estoy en un potro y necesito descanso.

--Te llevaré hasta el trono del Altísimo, donde no hay dolores ni fatigas, sino eterna alegría y dicha cumplida; pero antes es preciso que te hagas acreedor á esta gracia, lavando de culpa tu espíritu.

--Pronto estoy á hacer cuanto me ordenes.

--Arrepiéntete de tus extravíos.

--Me arrepiento de todo corazón.

--Perdona á tus enemigos.

--Les perdono.

--Repara cuanto sea posible, los males que has hecho.

--A nadie le he hecho daño. Nunca mis manos han derramado sangre de mis semejantes. La embriaguez no ha turbado nunca la claridad de mi razón. No he deshonrado vírgenes, ni seducido esposas, ni echado al mundo hijos bastardos que hayan podido afrentarse de su origen y sumirse en la perdición.

--No sólo así se agravia á la justicia. Has hecho males tal vez mayores.

--No me remuerde la conciencia

--Tienes un caudal, fruto del fraude, de la rapiña y de la crueldad. Has lanzado á la miseria y al crimen á incontables familias, y no has tenido compasión de tus hermanos.

--He trabajado por formarme una fortuna como todos los otros.

--Pero la has formado á costa de ellos. Pesan sobre tí grandes delitos; no podrás entrar en el cielo si no lavas esas manchas.

--Me arrepiento de mis malas obras.

--No es suficiente.

--¿ Qué más debo hacer ?

--Devolver el dinero que has usurpado. Ordena á tus testamentarios que lo hagan.

--Imposible: han muerto casi todos mis clientes.

--Pues que tu fortuna sea repartida entre los menesterosos, para que ellos pidan á Dios por tu eterno descanso.

--Fruto es de mi trabajo; á ellos no les ha costado ningún esfuerzo allegarla.

--Pero á ellos les pertenece, porque está formada de su sangre.

--Superior á mis fuerzas es el sacrificio.

--¿ Qué te importa dejar á otros tu rique-

ea, si vas á morir y no puedes disfrutarla?

—Dejo ya encargado en mi testamento, que sepulten conmigo todo mi numerario, mis billetes y mis escrituras. Me será llevadera la soledad de la tumba, sintiendo cerca mi tesoro.

—Deliras: es un nuevo delito tu proyecto.

—No me es dado tener otros pensamientos.

—Entonces no hay remisión; me alejo. Lamentarás eternamente no haber dado oído á mis súplicas.

—No partas tan presto; espera todavía.

—Es inútil, si no te convencen mis palabras.

—¡ Por piedad!

—Adiós; no puedes volar al cielo cargado con el peso de tus caudales. La muerte es semejante á las tempestades del oceano: es preciso arrojar la carga al mar para evitar que el barco se hunda.

Dos brillantes lágrimas, semejantes á las estrellas que titilan en el cielo á la caída de la tarde, rodaron por las mejillas del ángel, cuyas alas se abrieron para ganar las alturas. El moribundo hizo un esfuerzo; pinto-se la lucha en su rostro, una vacilación in-

fnita retratóse en su fisonmía cadavérica. ¡Cómo! Desprenderse de su caudal, hecho á costa de tantos sacrificios, de tantas privaciones y de tantos remordimientos; y darle sin retribución, sin rédito, á la turba ignorada, á los harapientos habituados á la miseria, para que lo disfrutasen, hartándose, vistiéndose nuevos, trajes instalándose en habitaciones cómodas, cuando él había llevado vida de mendigo, y nunca se había permitido ningún placer!... Pero ¡qué terrible desamparo el suyo, si le abandonaba el mensajero celeste! ¡Perder aquellos momentos supremos en que iba á resolverse el problema de sus destinos eternos, y despeñarse en el piélago insondable de la desesperación!

Abría ya los labios para pronunciar la palabra de salvación y de renuncia, cuando sintió atraída su atención hacia el lado opuesto del lecho, que confinaba con el muro. Volvió el rostro, y á la roja llama de la bujía, que velaba á distancia, vió dibujarse en la pared la negra silueta del demonio. Temeroso de la presencia del ángel, no osaba Satanás presentarse en persona; mas enviaba al muro desde á distancia, su sinies-

tra sombra. Gesticulaba epilépticamente, tratando de disuadir á D. Hipólito de su buena intención. “No, no,” decía la figura con cabeza y manos, mostrando los puños en señal de amenaza; y levantaba y bajaba agitando los brazos, un objeto que por de pronto no conoció D. Hipólito, pero que acabó por distinguir claramente. Era aquel contrato por el cual se había obligado á no desprenderse jamás de sus riquezas. Aun le pareció, en medio de la sombra, ver brillar en él su nombre escrito con caracteres de fuego, y resplandeciendo con luz sobrenatural, que encadenaba su alma misteriosamente y la privaba de libertad. Recordó los términos del compromiso: no se desprendería de sus riquezas en ningún caso, y el diablo se las conservaría y le garantizaría para siempre su posesión. ¡El demonio hallaría medio, siendo tan poderoso, de que aun en el sepulcro pudiese conservar su tesoro por toda la eternidad!

Oyó confusamente que el angel sollozaba:

--Los momentos son preciosos; haz el sacrificio, y el cielo será tuyo. Dentro de un instante será tarde.

Pero, dominado por su codicia diabóli-

ca, cerró el viejo los oídos á las voces del cielo, y dijo rechinando los dientes:

—¡ Mi dinero no será de los pobres!
Y expiró.

